

EL 1.º Y EL 2 DE MAYO

EL día 1.º de mayo celebran los obreros socialistas —y aun muchos que no lo son— de casi todo el mundo la fiesta llamada del Trabajo y el día 2 se celebra en España la fiesta llamada nacional, el aniversario del levantamiento del pueblo de Madrid el 2 de mayo de 1808, principio de la guerra popular por la independencia española contra la invasión napoleónica. Son dos fiestas seguidas, pero de muy distinto carácter, e importa pararse un poco a reflexionar en sus relaciones.

La fiesta del 1.º de mayo es internacional y la del día 2 es nacional, pero no porque los demás pueblos no celebren fiestas análogas, sino porque no coinciden en los mismos días. Pues de hecho son muchos los pueblos que tienen ya su aniversario de independencia, ya otro análogo.

Tampoco cabe decir que la fiesta del 2 de mayo sea menos popular, porque si hoy sucede así y va convirtiéndose en fiesta de calendario y rutina, es por haber transcurrido casi un siglo desde que ocurrió el suceso que en ella se conmemora; mas en los primeros años de su celebración es seguro que tendría un carácter tan popular como puede hoy tener la fiesta del día 1.º, pues las masas que se levantaron en Madrid y en España toda en contra de los franceses en 1808 eran del mismo elemento y clase que constituye hoy el nervio y meollo del movimiento socialista.

Es preciso en todas las cosas, si se quiere juzgar con acierto, ponerse en un terreno de perfecto positivismo y apreciar los hechos tales y como en realidad son como tales hechos, es decir, *hechos* por todo un proceso histórico, resultados de un largo y secular *hacerse*. Un hecho es estrictamente un hecho, y para que esto no parezca juego de palabras, añadiré que es algo que se ha hecho y no un ideal que casi siempre es algo por hacerse.

El perfecto y acabado internacionalismo que el Socialismo proclama y que en el día 1.º de mayo se celebra es hoy un ideal, algo por hacerse, mientras que el patriotismo mejor o peor que el 2 de

mayo se festeja es un hecho. Y hay que contar con los hechos siempre.

Guillermo de Prusia, el actual Emperador, llamó a los socialistas alemanes los "sin patria" porque protestaron de que festejara la victoria —para los franceses derrota— de Sedán, y si bien ese dictado en boca de Guillermo es honroso, dada la idea que el desequilibrado Kaiser tiene de la patria y del patriotismo, tampoco puede aceptarse en absoluto. El querer suprimir todo sentimiento patriótico es empeñarse en trabajar en contra del ideal mismo de emancipación del trabajo, pues es querer poner los ideales fuera del firme terreno de los hechos.

El obrero español es español y el obrero francés, francés; cada uno de ellos habla su lengua y ha sido forjado por su ambiente respectivo, y no se puede prescindir de ello. La cuestión obrera misma, aunque en esencia y fondo la misma en los diversos países, toma en cada país distintas formas, así como son distintos los caracteres en cada pueblo, y no tomar en cuenta esas diferencias es retardar soluciones. Y no ya tomarlas en cuenta para hacerlas desaparecer, sino tal vez para acentuarlas.

Se ha dicho con mucha exactitud que no pocas veces el amor a la humanidad envuelve el mayor menosprecio hacia cada hombre en particular, y lo cierto es que hay quienes se encienden en expresiones y manifestaciones de fraternidad y maldito si se cuidan de sus hermanos de carne y sangre. La solidaridad universal es cosa muy hermosa; pero así como la solidaridad mostrada y efectuada entre los que se conocen y tratan personalmente y hasta cierto punto conviven y hablan un mismo idioma, puede ser una solidaridad de hecho, o sea una solidaridad hecha, la otra, la universal, la que se extiende a los remotos y desconocidos obreros de países lejanos, que hablan una lengua que no entendemos y viven en otro ambiente que nosotros, suele ser una solidaridad de idea, una idea de solidaridad, una solidaridad por hacerse. Y antes de conseguir lo por hacerse hay que corroborar, depurar y perfeccionar lo hecho ya.

Un eminente predicador protestante inglés, Federico Guillermo Robertson, decía que el amor al prójimo es algo que irradia de cada hombre, y cuando más lejos llega con tanta más fuerza toca a los que coje cerca. Y es natural: cuanto más lejos alcance el calor de un foco, tanto más calienta a lo de cerca; y hay que desconfiar de sentimientos que se extienden a hombres desconocidos de remotos países y que sólo fríamente tocan a los de cerca. Es inhumano el que nos dolamos de las miserias y sufrimientos de los obreros rusos o italianos tanto como de las miserias y sufrimientos de los obreros españoles; la huelga de los de mi pueblo me interesa más que la huelga de Amsterdam. Así es y así tiene que ser.

Aquí podría salirse al paso y decirse que al proletariado madrileño de 1808 le debió importar poco que mandara en España

Napoleón o Fernando VII y que el pueblo nada pierde con cambiar de amo, mientras no lo suprima.

Pero el pueblo mismo no lo entendía ni lo entiende así, y prefiere un amo de su propia raza y que hable su lengua a un amo de fuera y que viene como ave de paso. Y pudiera ser, si se examinase la cosa con calma, que resultara que es más fácil ponerse en camino de solución con un patrono compatriota que con otro que no lo sea.

Lo que en realidad hace el Socialismo no es tanto destruir el sentimiento patriótico —que para bien o para mal me parece indestructible— cuanto trasformarlo y modificarlo, y espero que sea apoyándose en él y aprovechando su poso de eternamente humano como ha de cimentar el sentimiento de solidaridad universal. Por evolución y no por destrucción del patriotismo ha de lograrse éste, y día llegará en que se llame a los socialistas no los “sin patria”, sino los de una sola y común patria: la Tierra.

(Publicado en *La Revista Socialista*, 1903, págs. 358-359.)